

Diego y Catalina

Tenía las piernas cruzadas, tan cruzadas que una pierna daba la media vuelta y entraba en la pierna del otro lado. Ya no parecía mujer, parecía una enredadera —la pierna— en torno a un árbol —la otra pierna.

De repente vio una mirada o sería mejor decir ¿sintió una mirada?. No, porque la vio literalmente subida sobre la pierna rama y deslizándose cuidadosa sobre la pierna tronco. Empezó a destrenzar las piernas y sus rodillas empezaron también a sudar (por lo general suda otra parte de la anatomía, la que está cubierta esporádica e intermitentemente por vellos) pero a ella le sudaron las rodillas, sí, las rodillas.

Pero continuó.

Una de las piernas se destrenzó al influjo de la mirada y la rodilla derecha comenzó a secarse instantáneamente.

(Ella se llamaba, por premonición, Catalina)

El, Diego.

(Digo la pierna izquierda, no la derecha)

La mirada cesó: él se había distraído. (Olvidaba decir que la pierna estaba ligeramente velada por una tela, batik carmelita, como de novicia, pintado a mano en amarillo con pies —o huellas de pies— con seis dedos) que se descocía estratégicamente a la altura del muslo izquierdo, totalmente trenzado de nuevo sobre el derecho —y la pantorrilla daba la vuelta como víbora de cascabel (sin ruido) (con veneno).

El volvió a mirarla. Esto es, Diego. Pero ella trenzó aún más la pierna y el escote sobre el muslo se volvió casi garganta no demasiado protuberante, pero garganta al fin.

Diego llamó al mozo, pidió un pescado al mojo de ajo.

¡Qué poco poético, pero claro, la boca que huele sólo besará el muslo destrenzado y el muslo no tiene sentido del olfato. Ya se cuidaría ella de no permitirle que trenzara su lengua en su lengua por el olor a ajo. A Catalina le gustaba sólo el olor a tomillo y a cilantro.

Bueno, al verlo tan preocupado con los ajos, ella advirtió esta vez que en realidad él no era un vampiro, apenas un lobo de la clase media apostado en los corredores del jockey club mirando muslos trenzados de mujer y muslos galopantes de caballo. Los de mujer, descotados. ¡Había tantas nalgas cubiertas apenas por las tangas que cualquier erotismo se detenía en el muslo cubierto apenas con la tela color carmelita pintada a mano en un batik con huellas de seis dedos ¡fenomenales!

El quedó prendado de nuevo de ese pequeño rectángulo de muslo color humo (de media) rodeado de tonos marrones y cafetaleros, y huellas de dedos amarillos, quizás no amarillos, magenta, magenta por su detonancia.

De repente sintió otra mirada. El nunca miraba a la cara, de su cuerpo lo único que importaba (por ahora) era ese muslo apenas desvestido.

—Es útil recordar aquí que el erotismo está en el lugar donde se unen lo desnudo y lo vestido...

La mirada era totalmente lenguaz, sí, total y culinariamente lenguaz, porque parecía lamer, morder, sorber, saborear con la mirada-paladar el muslo izquierdo.

Las rodillas ya no sudaron, fue más arriba, entre las ingles —Bonita palabra ingles: casi es británica, pero, afortunadamente, sin acento se vuelve humana y lamible, comestible, digerible: ostiones al mojo de ajo o ¿será mejor decir camarones? ¡oh!... ¡ya lo tengo!: pulpos en su tinta

